



Día 05 - El culto en el Antiguo Testamento

† Encíclica **Haurietis Aquas** (Pío XII) †

Sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús

Fundamentación del culto

5. Conmovidos, pues, al ver cómo tan gran abundancia de aguas, es decir, de dones celestiales de amor sobrenatural del Sagrado Corazón de nuestro Redentor, se derrama sobre innumerables hijos de la Iglesia católica por obra e inspiración del Espíritu Santo, [...] queremos por medio de esta encíclica exhortaros a vosotros y a todos los amadísimos hijos de la Iglesia a una más atenta consideración de los principios doctrinales —contenidos en la Sagrada Escritura, en los Santos Padres y en los teólogos—, sobre los cuales [...] se apoya el culto del Sacratísimo Corazón de Jesús. Porque Nos estamos plenamente persuadido de que sólo cuando a la luz de la divina revelación hayamos penetrado más a fondo en la naturaleza y esencia íntima de este culto, podremos apreciar debidamente su incomparable excelencia y su inexhausta fecundidad en toda clase de gracias celestiales; y de esta manera, luego de meditar y contemplar piadosamente los innumerables bienes que produce, encontraremos muy digno de celebrar el primer centenario de la extensión de la fiesta del Sacratísimo Corazón a la Iglesia universal.

Con el fin, pues, de ofrecer a la mente de los fieles el alimento de saludables reflexiones, con las que más fácilmente puedan comprender la naturaleza de este culto, sacando de él los frutos más abundantes, nos detendremos, ante todo, en las páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento que revelan y describen la caridad infinita de Dios hacia el género humano, pues jamás podremos escudriñar suficientemente su sublime grandeza; aludiremos luego a los comentarios de los Padres y Doctores de la Iglesia; finalmente, procuraremos poner en claro la íntima conexión existente entre la forma de devoción que se debe tributar al Corazón del Divino Redentor y el culto que los hombres están obligados a dar al amor que Él y las otras Personas de la Santísima Trinidad tienen a todo el género humano. Porque juzgamos que, una vez considerados a la luz de la Sagrada Escritura y de la Tradición los elementos constitutivos de esta devoción tan noble, será más fácil a los cristianos de ver «con gozo las aguas en las fuentes del Salvador»¹; es decir, podrán apreciar mejor la singular importancia que el culto al Corazón Sacratísimo de Jesús ha adquirido en la liturgia de la Iglesia, en su vida interna y externa, y también en sus obras: así podrá cada uno obtener aquellos frutos espirituales que señalarán una saludable renovación en sus costumbres, según lo desean los Pastores de la grey de Cristo.

Culto de latría²

6. Para comprender mejor, en orden a esta devoción, la fuerza de algunos textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, precisa atender bien al motivo por el cual la Iglesia tributa al Corazón del Divino Redentor el culto de latría. Tal motivo, como bien sabéis, venerables hermanos, es doble: el primero, común también a los demás miembros adorables del Cuerpo de Jesucristo, se funda en el hecho de que su Corazón, por ser la

¹ Is 12, 3.

² Según la RAE: Reverencia, culto y adoración que solo se debe a Dios.



parte más noble de su naturaleza humana, está unido hipostáticamente³ a la Persona del Verbo de Dios, y, por consiguiente, se le ha de tributar el mismo culto de adoración con que la Iglesia honra a la Persona del mismo Hijo de Dios encarnado. Es una verdad de la fe católica, solemnemente definida en el Concilio Ecuménico de Éfeso y en el II de Constantinopla⁴. El otro motivo se refiere ya de manera especial al Corazón del Divino Redentor, y, por lo mismo, le confiere un título esencialmente propio para recibir el culto de latría: su Corazón, más que ningún otro miembro de su Cuerpo, es un signo o símbolo natural de su inmensa caridad hacia el género humano. «Es innata al Sagrado Corazón», observaba nuestro predecesor León XIII, de f. m., «la cualidad de ser símbolo e imagen expresiva de la infinita caridad de Jesucristo, que nos incita a devolverle amor por amor»⁵.

Es indudable que los Libros Sagrados nunca hacen una mención clara de un culto de especial veneración y amor, tributado al Corazón físico del Verbo Encarnado como símbolo de su encendidísima caridad. Este hecho, que se debe reconocer abiertamente, no nos ha de admirar ni puede en modo alguno hacernos dudar de que el amor de Dios a nosotros —razón principal de este culto— es proclamado e inculcado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento [...].

Antiguo Testamento

7. Por lo que toca a nuestro propósito, al escribir esta Encíclica, no juzgamos necesario aducir muchos textos de los libros del Antiguo Testamento que contienen las primeras verdades reveladas por Dios; creemos baste recordar la Alianza establecida entre Dios y el pueblo elegido, consagrada con víctimas pacíficas —cuyas leyes fundamentales, esculpidas en dos tablas, promulgó Moisés⁶ e interpretaron los profetas—; alianza, ratificada por los vínculos del supremo dominio de Dios y de la obediencia debida por parte de los hombres, pero consolidada y vivificada por los más nobles motivos del amor. Porque aun para el mismo pueblo de Israel, la razón suprema de obedecer a Dios era no ya el temor de las divinas venganzas, que los truenos y relámpagos fulgurantes en la ardiente cumbre del Sinaí suscitaban en los ánimos, sino más bien el amor debido a Dios: «Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Amarás, pues al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Y estas palabras que hoy te mando estarán en tu corazón»⁷.

No nos extrañemos, pues, si Moisés y los profetas, a quien con toda razón llama el Angélico Doctor los «mayores» del pueblo elegido⁸, comprendiendo bien que el fundamento de toda la ley se basaba en este mandamiento del amor, describieron las relaciones todas existentes entre Dios y su nación, recurriendo a semejanzas sacadas del amor recíproco entre padre e hijo, o entre los esposos, y no representándolas con severas imágenes inspiradas en el supremo dominio de Dios o en nuestra obligada servidumbre llena de temor.

³ Término teológico que hace referencia a la verdad revelada de que en Cristo subsiste una sola persona con dos naturalezas, la Divina y la humana, unidas hipostáticamente.

⁴ Conc. Ephes. can. 8; cf. Mansi, *Sacrorum Conciliorum ampliss. Collectio*, 4, 1083 C.; Conc. Const. II, can. 9; cf. *ibíd.* 9, 382 E.

⁵ Cf. enc. *Annum sacrum*: AL 19 (1900) 76.

⁶ Cf. Ex. 34, 27-28.

⁷ Dt 6, 4-6.

⁸ 2. 2. ae 2, 7: ed. Leon. 8 (1895) 34.



Así, por ejemplo, Moisés mismo, en su celeberrimo cántico, al ver liberado su pueblo de la servidumbre de Egipto, queriendo expresar cómo esa liberación era debida a la intervención omnipotente de Dios, recurre a estas conmovedoras expresiones e imágenes: «Como el águila que adiestra a sus polluelos para que alcen el vuelo y encima de ellos revolotea, así (Dios) desplegó sus alas, alzó (a Israel) y le llevó en sus hombros»⁹. Pero ninguno, tal vez, entre los profetas, expresa y descubre tan clara y ardientemente como Oseas el amor constante de Dios hacia su pueblo. En efecto, en los escritos de este profeta [...] se describe a Dios amando a su pueblo escogido con un amor justo y lleno de santa solicitud, cual es el amor de un padre lleno de misericordia y amor, o el de un esposo herido en su honor. Es un amor que, lejos de disminuir y cesar ante las monstruosas infidelidades y pérfidas traiciones, las castiga, sí, como lo merecen, en los culpables, no para repudiarlos y abandonarlos a sí mismos, sino sólo con el fin de limpiar y purificar a la esposa alejada e infiel y a los hijos ingratos para hacerles volver a unirse de nuevo consigo, una vez renovados y confirmados los vínculos de amor: «Cuando Israel era niño, yo le amé; y de Egipto llamé a mi hijo... Yo enseñé a andar a Efraín, los tomé en mis brazos, mas ellos no comprendieron que yo los cuidaba. Los conducía con cuerdas de humanidad, con lazos de amor... Sanaré su rebeldía, los amaré generosamente, pues mi ira se ha apartado de ellos. Seré como el rocío para Israel, florecerá él como el lirio y echará sus raíces como el Líbano»¹⁰.

Expresiones semejantes tiene el profeta Isaías, cuando presenta a Dios mismo y a su pueblo escogido como dialogando y discutiendo entre sí con opuestos sentimientos: «Mas Sión dijo: Me ha abandonado el Señor, el Señor se ha olvidado de mí. ¿Puede, acaso, una mujer olvidar a su pequeñuelo hasta no apiadarse del hijo de sus entrañas? Aunque esta se olvidare, yo no me olvidaré de ti»¹¹. [...] el autor del Cantar de los Cantares, sirviéndose del simbolismo del amor conyugal, describe con vivos colores los lazos de amor mutuo que unen entre sí a Dios y a la nación predilecta: «Como lirio entre las espinas, así mi amada entre las doncellas... Yo soy de mi amado, y mi amado es para mí; El se apacienta entre lirios... Ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo, pues fuerte como la muerte es el amor, duros como el infierno los celos; sus ardores son ardores de fuego y llamas»¹².

8. Este amor de Dios tan tierno, indulgente y sufrido, aunque se indigna por las repetidas infidelidades del pueblo de Israel, nunca llega a repudiarlo definitivamente; se nos muestra, sí, vehemente y sublime; pero no es así, en sustancia, sino el prelude a aquella muy encendida caridad que el Redentor prometido había de mostrar a todos con su amantísimo Corazón y que iba a ser el modelo de nuestro amor y la piedra angular de la Nueva Alianza.

Porque, en verdad sólo Aquel que es el Unigénito del Padre y el Verbo hecho carne «lleno de gracia y de verdad»¹³, al descender hasta los hombres, oprimidos por innumerables pecados y miserias, podía hacer que de su naturaleza humana, unida hipostáticamente a su Divina Persona, brotara un manantial de agua viva que regaría copiosamente la tierra árida de la humanidad, transformándola en florido jardín lleno de frutos. Obra admirable que había de realizar el amor misericordiosísimo y eterno de Dios, y que ya

⁹ Dt 32, 11.

¹⁰ Os 11, 1, 3-4; 14, 5-6.

¹¹ Is 49, 14-15.

¹² Cant 2, 2; 6, 2; 8, 6.

¹³ Jn 1, 14.



parece preanunciar en cierto modo el profeta Jeremías con estas palabras: «Te he amado con un amor eterno, por eso te he atraído a mí lleno de misericordia... He aquí que vienen días, afirma el Señor, en que pactaré con la casa de Israel y con la casa de Judá una alianza nueva; ... Este será el pacto que yo concertaré con la casa de Israel después de aquellos días, declara el Señor: Pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón; yo les seré su Dios, y ellos serán mi pueblo...; porque les perdonaré su culpa y no me acordaré ya de su pecado»¹⁴.

† Día 05 - Texto para meditar †

Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús - La alegría y la verdadera dulzura son inseparables de la verdadera mortificación y de la sincera humildad*.

No puede haber verdadera devoción sin una mortificación generosa y constante y sin una sincera humildad. Pero ¿podremos hablar de humildad y de mortificación sin horrorizar a los tímidos y pusilánimes que tienen el deseo de amar a nuestro Señor? Pero ¿cómo no llenarse de temor al considerar una vida tan incómoda? ¿Se puede contemplar, quizá, una vida toda llena de cruces sin sentir miedo? Contradecir en todo nuestras inclinaciones naturales, negar a los sentidos todos los gustos no necesarios, vivir retirados, vivir en silencio, sin solicitar la estima de los hombres, despreciando sus alabanzas y no afligiéndose por los desprecios... ¿todo esto no es algo realmente cargante? ¿Vivir así no es vivir una vida triste, melancólica y en cierto modo infeliz? No, cristianos. Todos los que viven así afirman que solo entonces se han visto alegres, tranquilos y perfectamente dichosos. Es verdad que el mundo dice que este tipo de vida es insostenible, pero el mismo Jesucristo nos dice que es dulce, fácil y llena de alegría y de consuelo. Lo dice el mundo, o sea, los necios y los ignorantes; pero todos los que lo han experimentado dicen lo contrario. San Francisco de Sales llama a este tipo de vida la dulzura de las dulzuras. San Efrén, mientras llevaba una vida extremadamente mortificada, estaba lleno de consuelos interiores y prorrumplía en estas voces: «Basta, Dios mío, basta, no me oprimas con tus beneficios, modera tu generosidad, si no quieres que yo muera, porque tus dulzuras inefables que gusto en tu servicio son capaces de hacerme morir». «Me hallo», dice san Francisco Javier escribiendo desde el Japón a los jesuitas que estaban en Europa, «en un país donde faltan todas las comodidades de la vida. Por lo demás, siento tantas consolaciones en mi vida interior, que me veo en peligro de perder la vista por las lágrimas que derramo continuamente de puro consuelo».

¿Tendremos que creer que tantos millones de santos, de los que decimos que han sido tan sabios y tan sinceros, se hayan puesto de acuerdo para decirnos todo lo contrario de lo que pensaban y experimentaban?

¹⁴ Jer 31, 3; 31, 33-34.



† Letanías al Sagrado Corazón de Jesús†

Señor, ten piedad de nosotros - *Señor, ten piedad de nosotros.*

Cristo, ten piedad de nosotros - *Cristo, ten piedad de nosotros.*

Señor, ten piedad de nosotros - *Señor, ten piedad de nosotros.*

Cristo, óyenos - *Cristo, óyenos.*

Cristo, escúchanos - *Cristo, escúchanos.*

Dios, Padre celestial, *ten piedad de nosotros.*

Dios Hijo, Redentor del mundo, *ten piedad de nosotros.*

Dios Espíritu Santo, *ten piedad de nosotros.*

Trinidad Santa, un solo Dios, *ten piedad de nosotros.*

Antes de cada invocación decir **Corazón de Jesús,**
y **después** de cada invocación, decir *ten piedad de nosotros.*

Hijo del Eterno Padre.

Formado por el Espíritu Santo en el seno de
la Virgen María,

Unido substancialmente al Verbo de Dios,

De majestad infinita,

Templo santo de Dios,

Tabernáculo del Altísimo,

Casa de Dios y puerta del cielo,

Lleno de bondad y amor,

Hoguera ardiente de caridad,

Asilo de justicia y de amor,

Lleno de bondad y de amor,

Abismo de todas las virtudes,

Digno de toda alabanza,

Rey y centro de todos los corazones,

En quien están todos los tesoros de la
sabiduría y la ciencia,

En quien habita toda la plenitud de la
divinidad,

En quien el Padre halló sus complacencias,

En cuya plenitud todos hemos recibido,

Deseo de los eternos collados,

Paciente y de mucha misericordia,

Rico para todos los que te invocan,

Fuente de vida y de santidad,

Propiciación por nuestros pecados,

Despedazado por nuestros delitos,

Hecho obediente hasta la muerte,

Traspasado por una lanza,

Vida y resurrección nuestra,

Paz y reconciliación nuestra,

Víctima de los pecadores,

Salvación de los que en Ti esperan,

Esperanza de los que en Ti mueren y

esperan,

Delicia de todos los santos,

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, *perdónanos, Señor.*

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, *óyenos, Señor.*

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, *ten piedad y misericordia de
nosotros.*

Jesús, manso y humilde de corazón, *haz nuestro corazón semejante al Tuyo.*

Sagrado Corazón de Jesús, *en Vos confío.*

Inmaculado Corazón de María, *salvad el alma mía.*

